

JUSSI ADLER-OLSEN

Selfies



Traducción:
JUAN MARI MENDIZABAL



MAEVA

Prólogo

Sábado 18 de noviembre de 1995

No sabía cuánto tiempo llevaba pateando las pegajosas hojas marchitas, solo que sentía frío en los brazos desnudos y que los gritos de la casa se habían convertido en chillidos y sonaban con tal dureza y furia que le causaban una opresión en el pecho. Había estado a punto de echarse a llorar, pero no quería hacerlo.

«Te saldrán arrugas en la cara y te pondrás fea, Dorrit», era lo que iba a decirle su madre. Se le daban muy bien esa clase de comentarios.

Dorrit observó el rastro ancho y oscuro que había abierto entre la hojarasca del jardín y contó otra vez las puertas y ventanas de la casa. Sabía de sobra cuántas había, era solo por pasar el tiempo. Dos puertas dobles, catorce ventanas amplias y cuatro apaisadas en el sótano; si contaba todas las lunas, había ciento cuarenta y dos.

Sé contar hasta más de cien, pensó, orgullosa. Era la única de la clase capaz de hacerlo.

Entonces oyó el chirrido de las bisagras de la puerta del sótano del ala lateral; raras veces era una buena señal.

—No voy a entrar —cuchicheó para sí cuando vio a la sirvienta de la casa salir de la entrada del sótano y dirigirse hacia ella.

En la parte trasera del jardín había arbustos y penumbra, y era allí donde solía esconderse cuando deseaba estar sola, a veces durante horas, si era necesario; pero aquella vez la sirvienta fue más rápida y la asió de la muñeca con fuerza.

—¿Estás loca, o qué? ¿Cómo se te ocurre andar por el jardín con tus zapatos finos, Dorrit? La señora Zimmermann va a ponerse furiosa cuando vea lo manchados que están. Bien que lo sabes.

Se colocó frente a los sofás en calcetines y se sintió rara, porque las dos mujeres se quedaron mirándola, como si no comprendieran qué hacía en el salón.

El rostro de su abuela materna se mostraba duro y presagiaba un ataque de ira, y el de su madre, lloroso y feo. Tan arrugado como le había asegurado a ella que se pondría el suyo.

—Ahora no, querida Dorrit, estamos hablando —la reconvino su madre.

Dorrit miró alrededor.

—¿Dónde está padre? —preguntó.

Las dos mujeres se miraron. Por un instante, su madre le pareció un animalito asustado, apretujada en un rincón, y no era la primera vez.

—Anda, ve al comedor, Dorrit. Puedes hojear alguna revista —ordenó su abuela materna.

—¿Dónde está padre? —volvió a preguntar.

—Luego hablaremos de eso. Se ha marchado —respondió la abuela.

Dorrit retrocedió un paso con cuidado y siguió con la mirada los movimientos de la mano que le hacía su abuela materna. «¡VETE!», decían.

Para eso podía haberse quedado en el jardín.

En el comedor, los platos permanecían en la mesa maciza, con la salsa de bechamel de la coliflor reseca y las albóndigas fritas a medio comer. Había cuchillos y tenedores sobre el mantel, que estaba manchado del vino de dos copas de cristal derribadas. Nada era como siempre, y desde luego Dorrit no tenía ninguna gana de estar allí.

Se volvió hacia la entrada y sus numerosas puertas, lúgubres y elevadas, con pomos gastados. La enorme casa estaba dividida en varias partes, y Dorrit creía conocer todos sus rincones. En la primera planta había un olor tan intenso a los polvos y perfumes de su abuela materna que se le quedaba pegado a la ropa cuando regresaba a casa. Allá en lo alto, bajo la fluctuante luz de las ventanas, no había nada que pudiera hacer.

Por el contrario, se sentía muy a gusto en el ala más alejada de la planta baja, donde había un olor a la vez agrio y dulce de

tabaco procedente de las cortinas corridas y los pesados muebles de los que no se veían en otros lugares del mundo de Dorrit. Grandes sillones mullidos en los que podías acurrucarte con los pies recogidos, y sofás tapizados con terciopelo marrón y respaldos de madera negra trabajada. Aquella zona de la casa pertenecía a su abuelo materno.

Una hora antes, es decir, antes de que su padre empezara a discutir con la abuela, los cinco habían compartido la mesa en un ambiente entrañable, y Dorrit pensó que aquel día iba a arrojarla como un edredón suave.

Pero entonces su padre dijo algo de lo más inapropiado, que hizo que la abuela arquease las cejas al instante y que el abuelo se levantara de la mesa.

—Arreglaos entre vosotros —dijo, mientras se subía los pantalones y se escabullía. Fue entonces cuando la enviaron al jardín.

Dorrit empujó con cuidado la puerta del estudio de su abuelo. En una de las paredes había un par de cómodas marroñes con muestras de zapatos en cajas abiertas, y en la pared opuesta estaba el escritorio labrado del abuelo, rebosante de papeles llenos de rayas rojas y azules.

Allí el olor a tabaco era aún más fuerte, aunque el abuelo no estaba presente. De hecho, parecía que el humo de tabaco procedía de un rincón desde donde una estrecha franja de luz se deslizaba entre dos estanterías y atravesaba la silla del escritorio.

Dorrit avanzó para ver de dónde venía la luz. Era algo emocionante, porque el estrecho hueco entre las estanterías desvelaba un territorio desconocido.

—Qué, ¿ya se han marchado? —oyó gruñir a su abuelo en algún lugar más allá de las estanterías.

Dorrit atravesó el hueco y entró en un cuarto en el que nunca había estado. Allí, en una vieja silla de cuero con brazos junto a una mesa larga, se encontraba su abuelo inclinado con atención sobre algo que ella no veía.

—¿Eres tú, Rigmor? —se oyó su voz peculiar. Era por su alemán, que se negaba a desaparecer, solía decir su madre irritada, pero a Dorrit le gustaba.

La disposición del cuarto era muy diferente a la del resto de la casa. Las paredes no estaban desnudas, sino repletas de fotografías grandes y pequeñas, y, si te fijabas, en todas ellas aparecía el mismo hombre de uniforme, en diversas situaciones.

A pesar de la densa niebla del tabaco, la estancia parecía más luminosa que el estudio. Allí estaba su abuelo entretenido, con la camisa remangada, y Dorrit se fijó en las gruesas venas que serpenteaban por los antebrazos desnudos. Sus movimientos eran pausados y relajados. Con manos cuidadosas daba la vuelta a fotografías de las que no despegaba una mirada escrutadora. Parecía estar muy a gusto allí sentado, de modo que Dorrit sonrió. Pero cuando él giró la silla de despacho hacia ella, Dorrit se dio cuenta de que la sonrisa tan habitual en él se había retorcido y congelado, como si hubiera masticado algo amargo.

—¿Dorrit?! —exclamó su abuelo, medio levantándose con los brazos abiertos, como si quisiera tapar las cosas con las que se entretenía.

—Perdona, abuelo. No sabía dónde meterme.

Luego se volvió hacia las fotografías de la pared.

—El hombre de las fotos se parece a ti, ¿no?

Él la miró un buen rato, como si estuviera pensando qué decir; luego la tomó de pronto de la mano, la llevó hasta la silla y la sentó sobre sus rodillas.

—No deberías estar aquí, porque este es el cuarto secreto del abuelo. Pero ya que estás, lo dejaremos así. —Hizo un gesto hacia la pared—. *Och ja*, Dorrit, tienes razón. El de las fotografías soy yo. En la época en la que era un joven soldado que luchaba por Alemania en la guerra.

Dorrit asintió en silencio. Estaba guapo de uniforme. Gorra negra, chaqueta negra y pantalones de montar negros. Todo era negro. Cinturón, botas, pistolera al cinto, guantes. Solo la calavera de la gorra y la sonrisa de dientes blanquísimos lucían en medio de la negrura.

—Entonces, ¿fuiste soldado, abuelo?

—*Jawohl*. Puedes ver mi pistola en el estante. Parabellum 08, llamada también Luger. Mi mejor amiga durante muchos años.

Dorrit alzó la mirada asombrada a lo alto del estante. La pistola era negra grisácea, y la pistolera que había al lado, marrón. Había también un cuchillo estrecho en su funda junto a algo que no sabía lo que era, pero que parecía un bate de béisbol, solo que con una lata negra encajada en un extremo.

—¿La pistola dispara de verdad? —preguntó.

—Lo ha hecho muchas veces, Dorrit.

—Así que ¿fuieste un soldado de verdad, abuelo?

El hombre sonrió.

—Sí, tu abuelo fue un soldado muy valiente y hábil que hizo muchas cosas en la Segunda Guerra Mundial, y puedes estar orgullosa de él.

—¿Guerra mundial?

El abuelo asintió en silencio. Por lo que sabía Dorrit, la guerra no podía ser nada bueno. No era algo que te hiciera sonreír.

Dorrit estiró el cuello por encima del hombro de su abuelo, para poder ver en qué estaba ocupado.

—*Nein*, esas fotos no puedes verlas, Dorritchen —dijo el abuelo; la agarró del cuello y la llevó hacia atrás—. Tal vez cuando seas mayor, pero esas imágenes no son para niños.

Dorrit asintió, pero de todas formas se estiró otro par de centímetros, y esta vez no se lo impidieron.

Cuando su mirada recayó en una serie de fotos en blanco y negro en las que un hombre de hombros caídos en la primera foto era arrastrado hacia su abuelo, que en la siguiente alzaba la pistola y después pegaba al hombre un tiro en la nuca, preguntó con el mismo cuidado:

—Era un juego al que jugabais, ¿verdad?

El abuelo atrajo con suavidad el rostro de Dorrit hacia el suyo, y la miró a los ojos.

—La guerra no es ningún juego, Dorrit. Matas a los enemigos porque si no ellos te matan a ti, lo entiendes, ¿verdad? Si tu abuelo no se hubiera defendido entonces con todas sus fuerzas, tú y yo no estaríamos hoy aquí, ¿verdad?

Dorrit sacudió lentamente la cabeza y luego se acercó más a la mesa.

—¿Y todas esas personas querían matarte?

Su mirada se deslizó por fotos de todos los tamaños, fotografías que no sabía qué representaban. Eran unas imágenes macabras. Se veía a gente desplomándose. Hombres y mujeres colgados de sogas. Un hombre al que daban un mazazo en la nuca. Y en todas las imágenes aparecía su abuelo al lado.

—Sí, eran gente mala y repugnante. Pero no debes preocuparte por ello, querida. La guerra ha terminado y no va a haber más guerras, el abuelo te lo promete. Todo terminó aquella vez. *Alles ist vorbei*.

Se volvió hacia las fotografías de la mesa y esbozó una sonrisa, como si le gustara verlas. A lo mejor era porque ya no tenía que pasar miedo y defenderse de sus enemigos, pensó Dorrit.

—Menos mal —respondió.

Los dos oyeron más o menos a la vez el ruido de pasos de la habitación contigua y tuvieron tiempo de levantarse de la silla antes de que apareciera la abuela en el hueco entre las estanterías y se quedara mirándolos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con dureza, e intentó asir a Dorrit mientras los reñía a base de bien—. A Dorrit no se le ha perdido nada aquí, Fritzl, ¿no estábamos de acuerdo?

—*Alles in Ordnung, Liebling*. Dorrit acaba de entrar y se iba a marchar ya. ¿Verdad que sí, pequeña? —Le habló con voz suave, pero su mirada era mucho más fría. «Si no quieres problemas, calla», le pareció que decía, de modo que hizo un gesto afirmativo y siguió obediente a su abuela cuando la llevó hacia el estudio. En el momento en que salieron de la estancia, lanzó una breve mirada a la pared junto a la puerta. También estaba decorada. A un lado de la puerta colgaba una gran bandera roja con un círculo blanco en el centro, ocupado casi en su totalidad por una extraña cruz negra; y, al otro lado de la puerta, una foto en color de su abuelo, con la cabeza bien erguida, levantando hacia el cielo su brazo derecho.

Esto no lo olvidaré nunca, pensó por primera vez en su vida.

—No te preocupes por lo que te diga la abuela ni por lo que viste en el cuarto del abuelo, Dorrit, ¿me lo prometes? Todo eso son tonterías.

Su madre le metió los brazos en las mangas del abrigo y se puso en cuclillas frente a ella.

—Ahora nos vamos a casa y tú vas a olvidarlo todo, ¿verdad que sí, pequeñita?

—Pero madre, ¿por qué os habéis puesto a gritar en el comedor? ¿Por eso se ha ido padre? ¿Dónde está? ¿Está en casa?

Su madre sacudió la cabeza y la miró seria.

—No, padre y yo llevamos una temporada que no nos entendemos bien, así que está en otro sitio.

—¿Cuándo va a volver?

—No sé si va a volver, Dorrit. Pero no te pongas triste. No necesitamos a padre, porque los abuelos se encargan de nosotras, ya lo sabes, ¿verdad?

Sonrió y la acarició con suavidad en la mejilla. Su boca olía a algo fuerte. Como el líquido transparente que su abuelo se servía a veces en pequeños vasitos.

—Escucha, Dorrit. Eres una niña guapísima. Mucho más fina, lista y capaz que cualquier otra niña del mundo, así que ya nos las arreglaremos sin padre, ¿no crees?

Dorrit trató de asentir con la cabeza, pero no pudo moverla.

—Venga, vamos a casa y ponemos la televisión para ver los preciosos vestidos que llevarán las damas a la boda del príncipe con esa chica china tan guapa. ¿Vale, Dorrit?

—Esa Alexandra va a convertirse en princesa, ¿verdad?

—Pues sí, en cuanto se casen. Pero hasta entonces es una chica normal que ha cazado a un príncipe auténtico. También tú podrás hacerlo un día, cielo. Cuando seas mayor serás rica y famosa, porque eres más fina y guapa que Alexandra, y puedes conseguir lo que desees en el mundo. Mira tu pelo rubio y tus hermosos rasgos. ¿Acaso Alexandra es tan guapa?

Dorrit sonrió.

—Y tú estarás siempre conmigo, ¿verdad, madre?

Le encantaba hacer que su madre se conmoviera como en aquel momento.

—Claro que sí, tesoro. Haré cualquier cosa por ti.

Martes 26 de abril de 2016

Como siempre, la noche anterior había dejado huella en su rostro. La piel estaba algo reseca y sus ojeras parecían más oscuras que al acostarse.

Denise hizo una mueca a su imagen en el espejo. Llevaba una hora reparando los desperfectos, pero era una tarea imposible.

—Pareces una puta, hueles como una puta —imitó la voz de su abuela, y volvió a aplicarse el lápiz de ojos.

El ruido de los cuartos cercanos anunciaba que los demás inquilinos se habían levantado por fin para hacer sus cosas y que pronto anochecería otra vez. Era un mosaico de sonidos bien conocido: el tintineo de botellas, los golpes en la puerta de los demás para pedir pitillos, un ir y venir al baño destartado con ducha que el contrato calificaba de elegante.

La minisociedad de los lumpen daneses en una de las calles más oscuras del centro de Copenhague se había puesto en marcha ante otra noche más sin objetivo fijo.

Tras mirarse un rato desde distintos ángulos, avanzó hacia el espejo y observó su rostro más de cerca.

—Espejito, espejito, ¿quién es la más guapa de aquí? —preguntó con una sonrisa condescendiente, y acarició la imagen del espejo con las yemas de los dedos. Frunció los labios, deslizó sus dedos por las caderas y los pechos, subió hacia el cuello y ahuecó su cabello. Después retiró unas pelusas de la blusa de angora, aplicó un poco de corrector a un par de manchas de su rostro que no estaban lo bastante cubiertas, y retrocedió, satisfecha. Las cejas depiladas y marcadas, junto con las pestañas reforzadas con Neulash, habían mejorado bastante lo que ella denominaba *appearance*. Aquello daba más profundidad a su mirada y más

intensidad al brillo del iris, aportando con medios humildes aquel extra de inaccesibilidad.

En otras palabras, estaba preparada para magnetizar al mundo.

—Me llamo Denise —practicó, con los músculos de la garganta contraídos.

Era imposible decirlo con voz más grave.

—¡Denise! —susurró, abriendo los labios poco a poco y dejando caer la barbilla contra el pecho. El efecto era fabuloso cuando adoptaba esa actitud. Alguien podría quizá interpretar la expresión como sumisa, pero era justo lo contrario, porque bajo aquel ángulo las mujeres captaban mejor la atención de quienes las rodeaban.

Control total, pensó, y asintió en silencio mientras cerraba la tapa de rosca de la crema facial y empujaba el arsenal de maquillaje al interior del armario con espejo. Miró alrededor en el diminuto cuarto y se dio cuenta de que la esperaban unas horas de trabajo desagradable: recoger la ropa de lavar desperdigada, hacer la cama, lavar los vasos, sacar la basura y ordenar las botellas. Mierda, pensó, mientras asía el edredón, lo sacudía, ahuecaba la almohada y se convencía de que cuando tuviera allí a uno de sus *sugardaddies*, lo demás no importaría. Luego se sentó en el borde de la cama y realizó una inspección rápida del bolso para comprobar que contenía los artículos y accesorios precisos.

Asintió para sí, satisfecha: estaba lista. Preparada para el mundo y sus tentaciones. Entonces un ruido no deseado hizo que mirase hacia la puerta. Clic clac, clic clac, sonaba, cojeante y odioso.

Vienes demasiado pronto, madre, pensó, mientras la puerta entre el descansillo de la escalera y el pasillo se abría de repente. Eran casi las ocho, ¿por qué venía ahora? Hacía tiempo que había pasado su hora de cenar.

Contó los segundos y se puso en pie, irritada, cuando llamaron a la puerta.

—¡Cariño! —gritó su madre desde fuera—. ¡Vamos, abre!

Denise aspiró. Controlada, callada. Si no respondía, tal vez se marchara.

—Denise, sé que estás ahí. Venga, abre un momento, tengo que decirte algo importante.

Denise dejó caer los hombros.

—¿Por qué habría de abrirte? ¿Acaso has subido algo de comida? —gritó.

—No, hoy no. Venga, Denise, haz el favor de bajar a cenar. Solo esta vez. ¡Ha venido la abuela!

Denise dirigió la mirada al techo. De modo que la abuela estaba abajo, y no le hizo falta nada más para sentir una fría humedad en las axilas y un acelerón en el pulso.

—La abuela me la suda. Detesto a esa vieja.

—Oh, Denise, no digas eso. ¿Por qué no me dejas entrar un rato? Es que tengo que hablar contigo.

—Ahora no. Límitate a dejar la comida fuera, como de costumbre.

Aparte del hombre de piel trémula que vivía un par de puertas más allá pasillo abajo y ya había consumido su «birra matutina» y ahora sollozaba por su miserable vida, de pronto se hizo el silencio en el pasillo. No le extrañaría que estuvieran todos aguzando el oído, pero ¿a ella qué le importaba? No tenían más que pasar de su madre, como hacía ella.

Denise borró los ruegos de su madre de la imagen sonora y se concentró en los sollozos del paliducho. Todos los hombres divorciados que, como él, vivían en los cuartos de alquiler de la buhardilla eran unos desgraciados ridículos. ¿Cómo podían creer en un futuro mejor con aquella facha? Apeataban a ropa sin lavar y se empapaban de alcohol sin pensar, en medio de su patética soledad. ¿Cómo podían conformarse aquellos payasos desagradables con vivir una vida tan miserable?

Soltó un bufido. ¿Cuántas veces habían estado ante su puerta, tratando de tentarla con su verborrea y su vino barato de Aldi mientras sus ojos expresaban la esperanza de algo diferente, y de mucho más? Como si ella fuera a relacionarse jamás con hombres que vivían de alquiler en cuartos de buhardilla.

—Nos ha traído dinero, Denise —insistió su madre al otro lado.

Esta vez Denise aguzó los oídos.

—De manera que vas a tener que bajar conmigo, porque de lo contrario no va a darnos nada para este mes.

Se produjo una breve pausa antes de la frase siguiente.

—Y no tenemos nada, ¡¿verdad, Denise?!—continuó con vehemencia.

—¿Por qué no gritas más alto, para que te oigan en la casa de al lado?—replicó Denise.

—¡Denise!—La voz de su madre tembló—. Te lo advierto. Si la abuela no nos da ese dinero, tendrás que ir a Servicios Sociales, porque este mes no he pagado el alquiler de tu habitación. ¿Creías que sí?

Denise aspiró hondo, avanzó hacia el espejo y volvió a pasarse el pintalabios una última vez. Iba a estar con aquella arpía diez minutos, y luego se largaría. Al fin y al cabo, no le esperaba otra cosa que estupideces y enfrentamiento. La vieja no iba a dejarla en paz ni un segundo. Iba a exigir y exigir, y si había algo que Denise no soportaba eran las exigencias que le planteaba la gente. Aquello le chupaba toda la energía y la fuerza.

La debilitaba.

En el piso de su madre, en la planta baja, apestaba, como era de esperar, a albóndigas en lata. Alguna vez podía haber chuletas de cerdo un poco pasadas de fecha, o arroz con leche en estuches de plástico con forma de salchichón, así que cuando su madre la invitaba a cenar no solía haber precisamente entrecot en el menú, lo que agudizaba aún más el contraste entre la comida del plato y los candelabros plateados con velas chisporroteantes que recordaban épocas mejores.

En aquel ambiente de apariencias, el buitre estaba ya sentado en medio de la mesa, con las comisuras hacia abajo, dispuesta para el ataque. A Denise casi la derribó el tufo de su perfume y de los polvos baratos que ninguna tienda con un mínimo respeto por sí misma se rebajaría a vender.

Su abuela separó los pálidos labios agrietados cubiertos de carmín. Aquella mueca tal vez quisiera pasar por una sonrisa, pero no era tan fácil engañar a Denise. Trató de contar hasta

diez, pero para cuando había llegado a tres ya había dado comienzo la agresión verbal de la mujer.

—¡Vaya! Al final la princesita ha condescendido a bajar a saludar.

Tras una inspección rápida del vientre apenas cubierto de Denise, en el rabillo del ojo de la abuela se instaló una expresión sombría y desaprobadora.

—Ya preparada con pinturas de guerra y toda la pesca. Nadie podrá evitar mirarte... Claro que eso sería una catástrofe, ¿verdad, Dorrit?

—¿Quieres dejar de llamarme así? Hace casi diez años que me cambié de nombre.

—Ya que lo pides con tanta cortesía, lo haré, porque una no está acostumbrada. Pero ¿crees que ese nombre, Denise, te va mejor? Bueno, suena algo francés. Casi te hace pensar en las mujeres de falda corta que hacen la carrera en los bulevares, de modo que sí, puede que te vaya mejor.

Recorrió con la mirada el cuerpo de Denise de arriba abajo.

—Pero enhorabuena por el esfuerzo por camuflarte. Ya estás preparada para abatir nuevas presas, me imagino —continuó.

Denise observó que su madre trataba de atemperar el tono con una mano cuidadosa sobre el brazo de la abuela, como si eso hubiera funcionado alguna vez. Su madre siempre había sido débil, también en ese frente.

—¿Y qué has hecho desde la última vez, si puede saberse? —siguió su abuela—. Había algo de un nuevo cursillo, ¿o era quizá un puesto de aprendiz?

Entornó la mirada.

—¿No era un empleo de manicura lo que ibas a probar esta vez? Me pierdo entre tantas cosas interesantes que haces, de modo que ayúdame. Claro que igual no estás haciendo nada en este momento. ¿Es así?

Denise no respondió. Se limitó a tratar de mantener la boca cerrada. La abuela arqueó las cejas.

—Ah, claro, es que eres demasiado fina para trabajar, ¿no es eso?

¿Por qué se molestaba en preguntar si tenía respuesta para todo? ¿Por qué se ocultaba tras su recio pelo gris y aquella expresión de

repugnancia? Daban ganas de escupirle a la cara. La verdad, ¿qué era lo que la retenía?

—Denise ha pensado apuntarse a un cursillo para aprender a hacer *coaching* —interrumpió su madre con valentía.

La metamorfosis fue enorme. Su abuela se quedó con la boca abierta, se le alisaron las arrugas de la nariz y, tras un breve instante, soltó una carcajada que llegó desde lo más profundo de su alma pútrida e hizo erizarse la pelusa de la nuca de Denise.

—Vaya, ¿eso es lo que tiene en mente? Debe de ser emocionante imaginar a Denise aconsejando a otros. Pero ¿sobre qué?, si se me permite. ¿Puede existir alguien en este mundo demencial que pudiera pensar obtener consejo de una persona que solo sabe acicalarse? Eso sería el mundo al revés.

—Madre... —se esforzó la madre de Denise.

—Cállate, Birgit, déjame terminar.

Se volvió hacia Denise.

—No voy a andarme con rodeos. No conozco a nadie tan perezoso, tan falto de talento y de sentido de la realidad como tú, Denise. Lo cierto es que no sabes hacer nada, más vale que lo aceptemos. Tal vez haya llegado el momento de buscar un empleo adecuado a tus escasas habilidades.

Esperaba una respuesta, pero no la obtuvo. Sacudió la cabeza, y Denise supo qué venía después.

—Ya lo he dicho antes, te he advertido, Denise. ¿Crees acaso que es aceptable contentarse con abrirse de piernas? Es horrible. Pero tampoco eres tan guapa, amiguita, y me temo que lo serás todavía menos dentro de cinco años.

Denise respiró por la nariz. Dos minutos más y se largaba.

Entonces su abuela se giró hacia su hija con la misma expresión fría y desdenosa.

—Y tú eras igual, Birgit. Solo pensabas en ti misma, nunca hiciste nada por progresar. ¿Qué habrías hecho sin tu padre y sin mí? ¿Sin que te lo pagáramos todo, mientras holgazaneabas con tu egocéntrica megalomanía?

—Yo trabajé, madre. —El tono era lastimero. Hacía años que su batería de protestas se quedaba en nada.

La abuela sacudió la cabeza y se volvió hacia Denise.

—¡Y tú! Ni siquiera serías capaz de hacer bien el trabajo de una dobladora de ropa, ni eso.

Denise giró sobre sus talones y se metió en la cocina con el veneno de la abuela rezumando tras ella.

Si alguien pudiera describir su alma, los ingredientes podrían dividirse a partes iguales entre odio obstinado, sentimientos de venganza e imágenes incontroladas de cómo había sido todo, según la abuela. Porque Denise llevaba mucho tiempo oyendo las mismas falsedades una y otra vez, y, para su irritación, seguían causándole dolor. Que si la buena familia de la que procedían ella y su madre. Que si los años dorados en los que su abuelo tuvo su negocio de zapatos en el suburbio de Rødovre y ganó sus buenos dineros...

¡Todo mentira! ¿Acaso las mujeres de aquella familia no estaban siempre en casa, ocupadas en sus asuntos? ¿Acaso no habían vivido únicamente gracias a sus maridos, mientras ellas cuidaban su belleza, mantenían la casa en orden y se ocupaban de los hijos?

¡Pues claro!

—¡Madre! —se oyó desde el comedor—. No seas tan dura con ella, solo...

—Denise tiene veintisiete años y no sabe hacer nada, Birgit. ¡NADA! —gritó la bruja—. ¿Cómo pensáis arregláros las cuando no esté yo? ¿Lo sabes? Porque, desde luego, no esperéis que os deje una gran herencia. También yo tengo mis necesidades.

Aquello también lo habían oído cientos de veces. Dentro de poco retomaría el ataque contra la madre de Denise. La llamaría señoritinga fracasada y la acusaría de haber pasado todos sus rasgos negativos a su nieta.

La repugnancia y el odio que sentía Denise se localizaron en su diafragma. Detestaba aquella voz chillona, los ataques y las exigencias. Detestaba a su madre por su debilidad, y porque no había sabido conservar un marido que pudiera proveer por ellas. Detestaba a su abuela porque ella sí había sabido hacerlo.

¿Por qué no se moría de una vez?

—Me largo —hizo saber con frialdad cuando regresó al comedor.

—¿Ah, sí? Pues entonces no os daré esto.

Su abuela sacó un fajo de billetes del bolso y se los enseñó. Billetes de mil coronas.

—Vamos, siéntate, Denise —imploró su madre.

—Sí, siéntate un rato antes de ir a ponerte en venta —fue lo siguiente que dijo su abuela—. Come la pésima cena de tu madre antes de salir en busca de hombres que paguen la priva. Pero cuidado, Denise, porque, siendo como eres, ¡nunca vas a conseguir un hombre como Dios manda! Una chica barata de pelo teñido, pechos falsos, joyas falsas y cutis pintarrajeado. ¿No crees que van a calarte al segundo, mi bien? ¿Acaso piensas que un hombre como es debido no sabe ver la diferencia entre la elegancia y tu aspecto barato? ¿No crees que en cuanto abras tu boca pintada de rojo va a descubrir que no sabes absolutamente nada y que no tienes nada que decir? ¿Que eres una nulidad?

—No tienes ni puta idea —dijo Denise entre dientes. ¿Por qué no la dejaba en paz?

—¡Ajá! Pero cuéntame qué piensas hacer con eso antes de largarte, como has dicho con tal finura. Cuéntame para que lo sepa, tengo ganas de saberlo. ¿Cuál es tu verdadero plan? ¿Tal vez has pensado en convertirte en una gran estrella de cine, como solías fantasear cuando eras pequeña y bastante más simpática que ahora? ¿O tal vez prefieres ser una pintora de fama mundial? Dime, es por satisfacer mi curiosidad, ¿cuál va a ser tu próxima chifladura? ¿Qué le has hecho creer a tu asistenta social esta vez? ¿Le has dicho...?

—¡**C**ALLATE! —gritó Denise, a la vez que se inclinaba sobre la mesa—. Cierra el pico, vieja fea. Tú no eres mejor que yo en nada. ¿Qué diablos sabes hacer, aparte de soltar veneno?

Si hubiera servido para algo. Si su abuela se hubiera retirado caminando hacia atrás, entonces quizá, por una vez, Denise habría podido comer en paz aquella cosa marrón repugnante, pero las cosas no eran tan fáciles.

Su madre estaba conmocionada, con las uñas hundidas en el asiento de la silla. La abuela seguía en sus trece.

—¿Me dices que cierre el pico? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Crees acaso que tus mentiras y tus palabras soeces van a impresionarme? Pues mira, en este momento creo que para recibir mi subsidio tendréis que esperar hasta que vengas expresamente a mi casa a pedirme perdón en condiciones.

Denise se apartó de la mesa con un empujón tan fuerte que los cubiertos tintinearón. ¿Iba a darle a su abuela la satisfacción de dejarlas avergonzadas y con los bolsillos vacíos?

—Dale el dinero a mi madre o te lo quito yo —dijo con un bufido—. Suelta la pasta o te arrepentirás.

—¿Vas a amenazarme? ¿Es eso? —dijo la abuela entre dientes, mientras se levantaba.

—¿Queréis callaros las dos? Sentaos —imploró la madre. Pero ninguna de las dos se sentó.

Denise veía la perspectiva con claridad meridiana. Su abuela nunca iba a dejarla en paz. El verano pasado había cumplido sesenta y siete y, con lo bien que estaba, podía llegar fácilmente a los noventa. El futuro se presentaba lleno de reproches y discusiones sin fin.

Denise achicó los ojos.

—Escúchame bien, abuela. Yo no veo una diferencia enorme entre tú y nosotras. Tú te casaste con un nazi repugnante y arrugado que era treinta años mayor que tú y dejaste que te mantuviera. ¿Eso es acaso mejor?

Su abuela se sobresaltó. Se retiró hacia atrás, como si le hubieran echado encima algo corrosivo.

—¿Qué pasa, no es verdad, o qué? —gritó Denise mientras su madre se lamentaba y la abuela avanzaba a por su abrigo—. Dime, ¿cuál debe ser nuestro modelo? ¡¿Tú?! Joder, danos el dinero ya.

Se abalanzó sobre los billetes, pero la abuela se los metió bajo la axila.

Entonces Denise giró sobre los talones y antes de salir dando un portazo oyó el jaleo que había dejado atrás.

Permaneció un rato con la espalda apoyada contra la pared del pasillo, boqueando en busca de aire mientras dentro su madre lloraba y suplicaba. Pero no iba a servir de nada, lo sabía por

experiencia. El dinero no iba a llegar hasta el día que Denise fuera al suburbio de mala muerte con mirada suplicante, y no tenía ganas de esperar tanto.

Ya no.

Había una botella de Lambrusco en el congelador de su mini-frigorífico, lo sabía. En los cuartos de buhardilla no solía haber comodidades, aparte de un lavabo, un espejo, la cama y un armario ropero de aglomerado chapado, pero ella no podía prescindir del frigorífico. ¿Acaso sus *sugardaddies*, después de un par de vasos de vino frío, no se volvían más generosos?

Sacó la botella del congelador y la sopesó. Como cabía esperar, el Lambrusco estaba congelado, pero el corcho había aguantado, como debía; además, una botella tan bonita como aquella ocultaba muchísimas posibilidades interesantes.

Viernes 13 de mayo de 2016

Rose frenó el *scooter* doscientos metros antes del semáforo en rojo.

De pronto, se le había olvidado el camino. Pese a llevar muchos años haciendo el mismo trayecto, hoy estaba todo muy cambiado.

Miró alrededor. Diez minutos antes le había pasado lo mismo, y ahora le ocurría otra vez. La coordinación entre los sentidos y el cerebro le fallaba por momentos. La memoria le jugaba malas pasadas. Por supuesto que sabía que no podía ir por el viaducto y después por la autopista en una motocicleta que no podía correr a más de treinta kilómetros por hora. Pero ¿dónde exactamente debía tomar la desviación? ¿Había algo más allá, una calle que llevaba a Borups Allé? ¿Tal vez a la derecha?

Impotente, plantó la punta del zapato en el asfalto y apretó los labios.

—¿Qué te pasa, Rose? —dijo en voz alta, lo que hizo que un transeúnte con quien se cruzó sacudiera la cabeza y apretara el paso.

Tosió de frustración un par de veces y estuvo a punto de vomitar. Observaba, extrañada, el tráfico, que le parecía un caos interminable de piezas de rompecabezas. El apagado ronroneo de decenas de motores y aquella confusión de colores de los vehículos le producían un sudor frío.

Cerró los ojos y trató de recordar lo que no acudía a su mente de manera automática. Por un instante sopesó dar la vuelta y regresar a casa, pero para eso tendría que cambiar de sentido, y ¿cómo iba a hacerlo? Además, en última instancia, ¿recordaría el camino a casa? Sacudió la cabeza. ¿Por qué iba a dar la vuelta, cuando en aquel momento estaba más cerca de la Jefatura de Policía que de casa? No tenía ninguna lógica.

Llevaba varios días sintiéndose en un estado nebuloso y, en aquel momento, le parecía que su cuerpo era demasiado pequeño para todo lo que contenía. Como si las ideas que pululaban por su cabeza, sobre las que no tenía control, no tuvieran cabida ni en varios cerebros. Cuando se sentía así, si no desconectaba e inventaba todo tipo de cosas extraordinarias para evitar que se le cruzaran los cables, su mente podía dejar de funcionar en cualquier momento. Se mordió la mejilla hasta hacerse sangre. ¿A lo mejor le dieron el alta demasiado pronto en el hospital de Glostrup la última vez? Al menos, era lo que había dado a entender una de sus hermanas, y el semblante preocupado de Assad tampoco dejaba resquicio a la duda. ¿Podía, pues, descartarse que su hermana tuviera razón? ¿No sería la causa de su colapso una mala mezcla de depresión y trastorno de personalidad? ¿No sería que estaba simplemente loc...?

—¡Déjate de elucubraciones, Rose! —gritó en voz alta. Otro viandante se dio la vuelta y se quedó mirándola.

Lo miró como pidiendo perdón. Le habían recomendado que telefonara al psiquiatra si ocurría algo que sugiriese una recaída. Pero ¿qué era lo que estaba pasando? ¿No sería que estaba muy sobrecargada de trabajo y dormía demasiado poco? ¿No sería el estrés, sin más?

Rose dirigió la mirada hacia delante y reconoció enseguida las amplias escaleras de acceso a la piscina de Bellahøj y las casas altas al fondo. El ligero alivio por no haber perdido del todo el control hizo que diera un suspiro y pusiera la moto en marcha.

Todo parecía haber encajado bien, pero al cabo de unos minutos la adelantó una bici que rodaba lento. Rose miró el velocímetro: iba a diecinueve kilómetros por hora, ni siquiera había tenido la presencia de ánimo suficiente para girar el acelerador hasta el fondo. De modo que no había recuperado tanto el control.

Hoy tengo que andar con cuidado, pensó. Estar sola y tratar de tranquilizarme.

Se secó la frente con manos temblorosas y miró con atención alrededor. Lo más importante era no desmayarse en medio de la calzada y que un camión zigzagueante la hiciera fosfatina.

Los días buenos, la Jefatura de Policía parecía de lo más atractiva, con sus fachadas claras y su imponente arquitectura, pero justo hoy aquella blancura inocente había virado al gris, y los vanos de los arcos del pórtico eran más negros e intimidatorios de lo normal, casi como si fueran a absorberla y a borrarla de la faz de la Tierra.

No saludó al agente de guardia, como acostumbraba, y apenas registró la dulce mirada que Lis, la secretaria, le dirigió en la escalinata de entrada. Era un día de esos.

En el sótano del Departamento Q reinaba el silencio. Ningún tufo del té a la menta de Assad, ningún parloteo de TV2 News en la ostentosa pantalla plana de Carl, ningún Gordon confuso.

Menos mal que todavía no han llegado, pensó, y entró tambaleante en su despacho.

Se dejó caer sobre la silla ante el escritorio y apretó con fuerza el diafragma contra el borde de la mesa. En situaciones así, a veces le venía bien. Entonces su malestar amortiguaba la sensación de no tener control sobre sí misma y a veces, si apretaba el puño cerrado contra el plexo solar, podía tener un efecto positivo.

En aquel momento no funcionó. Viernes y 13, ¿qué otra cosa podía esperarse?

Se levantó y cerró la puerta del pasillo. Al verla cerrada, los demás creerían que aún no había llegado.

Entonces la dejarían en paz.

Al menos un rato más.

Lunes 2 de mayo de 2016

Desde el momento en el que entró en la Oficina de Servicios Sociales, el pulso de Michelle se había acelerado en quince latidos. El propio nombre, «Oficina de Servicios Sociales», tenía ese efecto en ella, y eso que era bastante neutro. En su opinión, habrían sido más apropiados nombres como Oficina de Tortura, Institución para Mendigos o Centro de Humillación, pero en la esfera pública nunca se llamaba a las cosas por su nombre.

Michelle llevaba muchos años empantanada en aquel sistema degradante. Primero en Matthæusgade, después en el quinto pino, en Gammel Køge, y ahora estaba de vuelta en Copenhague, en Vesterbro. En todos los sitios encontraba las mismas exigencias y el mismo ambiente miserable, y nada podía borrar esas impresiones. Por ella ya podían hacer cuantas ventanillas nuevas y relucientes quisieran, con números grandes escritos, y colocar encima otros tantos ordenadores que debías usar para hacer el trabajo de los empleados, eso si eras capaz de saber cómo hacerlo.

La mayoría de la gente que acudía al centro le caía mal. Gente que la miraba como si fuera una de ellos. Como si tuviera algo que ver con ellos, vestidos con esa ropa fea y andrajosa. Ni siquiera sabían combinar las prendas de manera adecuada. ¿Ella había salido alguna vez a la calle sin arreglarse? ¿Sin lavarse la cabeza o pensar qué pendientes le quedaban mejor? No, nunca. Jamás se le habría ocurrido, bajo ninguna circunstancia.

Si hoy no hubiera tenido al lado a Patrick, habría dado media vuelta frente a la entrada, aunque se daba buena cuenta de que tenía que entrar, entre otras cosas porque debía pedir permiso para tomarse las vacaciones. Eso también se lo había recordado Patrick.

Patrick era electricista, su mejor trofeo. Si alguien dudaba de la categoría de Michelle, bastaba con mirarlo a él, porque le daba un cierto estatus. Había pocos que fueran más altos, más anchos, más musculosos que Patrick, que tuvieran tatuajes más bonitos que él. Michelle no conocía a nadie que tuviera el pelo más negro y más brillante. Y le sentaban bien las camisas ajustadas. Aquello recalcaba lo satisfecho que estaba con su cuerpo, y cuánta razón tenía de estarlo.

Ahora se encontraba sentada junto a él frente a la imbécil de la asistenta social, que se desplazaba a su lado como un fantasma, estuviera donde estuviese la Oficina de Servicios Sociales que le correspondía a Michelle. Alguien dijo una vez de ella en la sala de espera que había ganado una gran suma de dinero. Pero si ese era el caso, ¿por qué no desaparecía sin más de la vida de Michelle?

Se llamaba Anne-Line. Un nombre idiota que solo tenían las que eran como ella. Por eso ponía «Anne-Line Svendsen» en una de esas tarjetas que parecen metálicas que había en el borde del escritorio, y que era lo que Michelle llevaba veinte minutos mirando absorta. Durante los últimos cinco no había atendido a lo que se estaba diciendo.

—¿Estás de acuerdo con lo que Patrick acaba de decir, Michelle? —le preguntaba Anne-Line Svendsen de vez en cuando.

Y Michelle asentía en silencio, de forma mecánica. ¿Había acaso razón para otra cosa? Ella y Patrick estaban de acuerdo en casi todo.

—Muy bien, Michelle. De manera que ¿te parece bien que te asignen un trabajo en Berendsen?

Michelle arrugó la frente. Porque no era a eso a lo que habían ido. Estaban allí para hacer comprender a aquella tipa que no podía soportar la presión del mercado laboral y para pedir un permiso de dos semanas de vacaciones. ¿Cuántas veces le habían explicado Patrick y ella lo de la presión laboral? ¿Es que no entendía lo que le decían? Porque no todos habían tenido la misma suerte que la imbécil de la asistenta social. Si ella hubiera ganado la lotería, o lo que fuera, ¿iba a estar allí? No, ¿verdad?

—¿En Berendsen? Eh..., no, no creo —respondió en consecuencia.

Miró implorante a Patrick, que se limitaba a dirigirle miradas penetrantes.

—En realidad, ¿qué es Berendsen? —preguntó entonces—. ¿Una tienda de ropa?

Anne-Line sonrió; los dientes manchados de vino tinto no la favorecían. ¿No había oído hablar de los blanqueadores dentales?

—Bueno, sí. De alguna forma, trabajan con ropa —respondió. ¿Aquello era una sonrisa condescendiente?

—Berendsen es una empresa de prestigio especializada en lavar sábanas y ropa para grandes instituciones y empresas públicas.

Michelle sacudió la cabeza. Ella y Patrick no habían acordado nada parecido, él lo sabía perfectamente.

Anne-Line Svendsen arqueó las cejas sin depilar.

—Por lo visto, no comprendes la gravedad de la situación, ¿verdad, Michelle?

La mujer dirigió la mirada hacia Patrick.

—Los dos vivís juntos, de modo que supongo, Patrick, que te habrás dado cuenta de que Michelle lleva casi medio año recibiendo el subsidio para el alquiler sin tener derecho a él. Es lo que llamamos fraude social, y es algo grave. ¿Habéis pensado en eso?

Patrick se remangó la camisa. La inflamación de los últimos tatuajes aún no había remitido, sería por eso que tenía un aspecto tan irritable.

—Debe de haber alguna confusión, porque no vivimos juntos. No de verdad. Michelle vive en una habitación de Vanløse.

Aquella información no frenó en absoluto a la asistente social.

—Esta mañana he hablado con la familia que le alquila la habitación. Dicen que Michelle lleva cinco meses sin pagar el alquiler; de manera que vive contigo, ¿o me equivoco? Por eso tenemos que deducir de tu salario todo ese período, debes tenerlo en cuenta, Patrick, y es probable que haya otras consecuencias. Pero supongo que conoces las nuevas reglas.

Patrick giró con lentitud el rostro sombrío hacia Michelle. Tras su mirada había rayos, ideas sobre las que ella no quería saber nada.

—Pero bueno... —Michelle frunció el ceño, cosa que no la favorecía—. Habíamos venido a pedir permiso para irnos de vacaciones. Hemos visto unos billetes baratísimos para dentro de dos semanas, y Patrick puede pedir días libres, por tanto...

Michelle se interrumpió y se mordió el labio.

Lo de dejar la habitación había sido un error. O al menos fue un error no habérselo dicho a Patrick. Ahora iba a oír sus reproches, de eso no cabía duda. Hasta entonces, Patrick nunca le había puesto la mano encima; era la razón, entre otras, de que siguiera con él, aunque en aquel momento parecía que la situación bien pudiera cambiar.

—Ya; pero no creo que sea realista, Michelle. Veo que quizá hayas olvidado mencionar a Patrick lo de la habitación. ¿No es así? —insistió la bruja.

Michelle asintió de manera casi imperceptible. Patrick se levantó de pronto ante la ventana, absorbiendo casi toda la luz de la estancia.

—Debe de tratarse de un error —apeló con la frente arrugada—. Voy a ir a la casa de la familia para saber por qué dicen eso.

Se volvió hacia Michelle. Lo que iba a decirle no debía considerarse un deseo, sino una orden, eso estaba claro.

—Tú quédate aquí, Michelle. Tu asistenta social te ha ofrecido un trabajo, y, la verdad, creo que deberías hablar con ella sobre eso, ¿vale?

Estaba cabreado.

Michelle apretó los labios cuando Patrick salió dando un portazo. Fue mezquino por su parte dejarla en aquellas circunstancias. Si hubiera tenido la menor sospecha de que la mujer iba a controlar hasta ese punto dónde vivía, habría mantenido el alquiler. ¿Qué diablos iba a hacer ahora? No podían permitirse prescindir del dinero, menos aún si, encima, le ponían una multa.

Ojalá Patrick pudiera convencer a la familia; entonces tal vez le dejaran volver a alquilar la habitación, no creía que tuvieran nada en contra. A lo mejor incluso le bajaban algo el alquiler

para que fuera menor que el subsidio, así le quedaría una especie de beneficio, mil ochocientas coronas por ese cuartucho no era moco de pavo. De hecho, pensó que aquel dinero podía guardarlo para sí, por eso lo hizo. ¿Acaso Patrick no se ponía contento cuando la veía llegar después de haber estado en la peluquería arreglándose el pelo? ¿Se quejaba acaso cuando ella se ponía ropa interior nueva y atrayente?

Diez minutos después, Michelle tomaba un respiro en la sala de espera y pensaba sobre la cuestión. Seguro que iban a investigar lo del fraude social; la mujer de la oficina no lo había ocultado, e iban a tener que devolver mucho dinero. No se vio con fuerzas para escuchar de cuánto se trataba. Se ponía mala de solo pensarlo. Pero aquella Anne-Line Svendsen ¿por qué tenía que ponerse así? ¿Era porque no había querido aceptar el trabajo de la lavandería?

¡Pues no! Michelle sacudió la cabeza, eso era deprimente. Desde luego que no iba a levantarse a las cuatro de la mañana y tomar el tren hasta Helsingør para trajinar con las sábanas llenas de mierda de otras personas. Muchas veces venían directamente de hospitales, y la gente que se había envuelto en ellas eran enfermos. A saber qué enfermedades tenían. Podría ser contagioso, tal vez incluso mortal. Hepatitis, ébola o cosas así. Le entraban náuseas de solo pensarlo.

No, no podían exigirle eso. Una cosa así, no.

«¿Qué te imaginas entonces, Michelle? –le había preguntado la mujer con voz desagradable–. No has sido capaz de conservar ninguno de los empleos que te hemos ofrecido. Tampoco has terminado ninguno de los cursillos a los que te hemos enviado. ¿Te das cuenta de lo que una chica como tú, que no aporta nada en absoluto, cuesta a nuestra sociedad? Y ahora quieres irte de vacaciones con un dinero que has obtenido de forma indebida, ¿no es así? Esto no puede continuar, ¿te das cuenta, Michelle?»

Pero ¿por qué la trataba así? ¿Qué le había hecho ella? ¿Es que no entendía cómo funcionaba la gente como Michelle?

Cuidaba muy bien el piso de Patrick y de ella, para que siempre estuviera limpio y ordenado. Lavaba su ropa y la de Patrick, e incluso sabía cocinar un poco; y también era ella quien se ocupaba de las compras. ¿Acaso eso no valía nada?

«La Administración pasa de pagarte por algo así», le había dicho Patrick; como si ella no se hubiera dado cuenta. Pero si su madre y su tía materna siempre habían estado en casa, tratando de agradar a sus maridos, ¿por qué ella no?

Bajó la mirada hacia las botas de ante tan chulas que había comprado para la ocasión; ¿de qué le habían servido? Hizo una aspiración profunda. Todo eso era demasiado para ella.

Con sus uñas bien esmaltadas, se quitó una manchita de los pantalones y alisó las mangas de la blusa. Era lo que solía hacer cuando los acontecimientos se desarrollaban demasiado rápido.

Lo de la cabeza hueca de Anne-Line Svendsen era una putada. Ojalá aquella bruja cruzara delante de un coche y la palmara.

Michelle miró alrededor con las comisuras caídas. Malditos fueran todos los que ocupaban la mayor parte de los asientos en torno a ella, con sus zapatos gastados, sus capuchas caladas hasta las orejas y su aspecto cochambroso. Eran los culpables de que no hubiera dinero para ofrecer asistencia pública a gente como ella. Gente legal, que no causaba daño a nadie, que no bebía ni engordaba para terminar en el hospital y que tampoco se inyectaba o entraba a robar en casas ajenas. ¿Quién de los que esperaban ahí podía decir eso de sí mismo? Sonrió al pensarlo, de puro ridículo. ¿Quién de entre ellos se limitaba a dedicarse a lo suyo y era gente como era debido? Desde luego, no muchos.

Miró hacia un par de chicas jóvenes en la cola de los números, que parecían tener su misma edad, y comprobó que, al contrario de los demás, eran legales. Al menos se identificaba mucho más con ellas, porque llevaban ropa superguay y un maquillaje fantástico.

Cuando las chicas sacaron su número, miraron alrededor, luego enfilaron hacia los asientos libres de la esquina, junto a Michelle, y se sentaron. Intercambiaron un par de miradas respetuosas de reconocimiento.

—¿Tú también estás esperando? —preguntó una de ellas, y cinco minutos más tarde las tres estaban hablando como si se conocieran de siempre.

Era divertido ver cuántas cosas tenían en común, y el rincón de la recepción donde se encontraban se convirtió de pronto en el centro del buen gusto. Vaqueros claros prietos y tops de Føtex o de H&M, pendientes, collares, anillos y brazaletes de Tiger o de las tiendecitas guay de las transversales de Strøget. Las tres llevaban extensiones colocadas con esmero y botines de tacón alto; pero, como dijo una de ellas, de vez en cuando también podía calzarse unas Moon Boots con algo de piel de imitación. Era como para echarse a reír, de lo parecidas que eran.

Aparte de eso, tenían algo más en común, cosa que pilló por sorpresa a Michelle: las tres estaban hartas de que el sistema las mangoneara y les pusiera todo tipo de trabas para cualquier cosa. Y, para colmo, todas tenían como asistente social a Anne-Line Svendsen.

Michelle rio y dirigió la mirada hacia arriba. Frente a ellas había una chica sentada. Tenía un rostro de líneas marcadas, llevaba el pelo al estilo punk y demasiado kohl en torno a los ojos, fea toda ella. Les dirigía una mirada dura, desagradable, casi como si sintiera envidia. Michelle sonrió para sus adentros porque, con su mal estilo y aquellas extrañas maneras, la chica tenía razones para ello. Sus piernas se movían como si estuviera pisando el pedal de un bombo. Daba la impresión de estar bajo la influencia del *speed* o algo así, y poco a poco su mirada iba endureciéndose más y más. A lo mejor era que echaba de menos un cigarrillo, a ella solía pasarle también.

—Joder, qué raro que atiendan aquí a unas tipas chungas como vosotras —surgió de pronto de la boca de la punki, comentario dirigido a Michelle y a las otras dos—. La mierda es oro comparada con gentuza como vosotras.

La chica sentada junto a Michelle tuvo un sobresalto cuando giró la cabeza hacia la punki. Era la que había dicho que se llamaba Jazmine, y por lo demás era maja, aunque no en aquellas circunstancias. Pero la otra de las chicas, la que se llamaba

Denise, reaccionó con frialdad y le hizo una peineta a la punki, aunque Jazmine trató de detenerla.

—¡En el sitio de donde vienes no han aprendido la diferencia! —dijo Denise entre dientes—. Pero dicen que la mierda es lo más parecido a la mierda, y el primer país que invadieron los alemanes fue el suyo propio; ¿lo sabías, idiota punki?

Michelle sacudió la cabeza. Vaya manera rara de hablar.

En una fracción de segundo, el aire entre ellas tres y la inútil de enfrente se electrificó, se congeló. La chica punki apretó los puños. En aquel momento parecía capaz de todo. A Michelle no le gustaba nada aquello.

Entonces llamaron un número, y Jazmine respiró aliviada cuando la punki cedió y se levantó. Pero la mirada que les lanzó mientras se dirigía al despacho de la asistente social no anunciaba nada bueno.

—¿Quién diablos era esa? Parecías conocerla —le preguntó Denise a Jazmine.

—No es alguien a quien hacer una peineta, te lo digo yo. Vive a un par de manzanas de mi casa y es islandesa. Se llama Birna y está mal de la cabeza. Pero muy, muy mal.